
VOCES VASCAS

No cabe negar el alentador resurgimiento que en nuestros días observamos entre los vascos, en pro de la lengua veneranda que constituye el timbre más glorioso de su raza.

Pero si eso ocurre hoy, ¡qué inexplicable abandono, qué desidia, qué negligencia no se advertía hasta hace poco, en los llamados por su cultura a sostener el sagrado depósito legado por nuestros antepasados!

Si nuestra lengua milenaria no ha pasado al desolado catálogo de las cosas que fueron, débese a la inquebrantable resistencia de baserritarras y arrantzales; las dos piedras angulares sobre las que ha venido asentándose la fortaleza a que se había replegado ese blasón nobilísimo de nuestra tradicional hidalguía.

Pero las clases cultas, aquellas que por las dotes de talento e inteligencia, respetabilidad y representación, tanto podían hacer para afianzar y aun hacer florecer a nuestro adorable idioma; esas clases llamadas a ser directoras de sus pueblos, despreciando los públicos anhelos y el sentir unánime de las masas, con suicida conducta abandonaron despectivamente la defensa y aun el uso de nuestra lengua tradicional y característica.

A esas clases, pues, es debida la humillante y desconsoladora posturación del euskera en época no muy remota.

Mientras eso ocurría en nuestro propio país, los eruditos de Inglaterra, Francia, Alemania y Hungría se interesaban vivamente por el estudio del euskera.

La gramática y diccionario vizcaíno que en 1653 escribió el presbítero bilbaíno D. Rafael Micoleta, en Londres lo halló Sampere y lo

publicó el año 1880 en la Revista de Ciencias Históricas, de Barcelona.

El eminente filósofo y maestro en la Universidad de Oxford, mister Wentworth Webster, publicó en la revista inglesa *The Academy*, el año citado últimamente, unas cartas curiosísimas, alguna de las cuales interesaba grandemente por sus instructivas revelaciones.

Se referían al «Códice de Calixto II», que se conserva en Santiago de Compostela, y en el quinto y Último volumen del Códice citado se halla el más antiguo vocabulario euskérico, donde se contienen unas veinte palabras vascas.

En el capítulo VII, «De nominis terrarum et qualitibus gentium que in itinere Sancti Jacobi habentur », aparecen las siguientes voces vascas:

«Deum vocant, *urcia*, Dei genitricem, *Andrea* Maria; panem, *or-gui*; vinum, *ardum*; carnem, *aragui*; piscem, *arraign*; domuni, *echea*; dominium domus, *iaona*; dominam, *andrea*; ecclesiam, *elicera*; presbiterum, *belatera* (quod interpretatur pulcra terra); triticum, *gari*; aquam, *urik*; regem, *erreguia*; Sanctum Jacobum, *iaona domne iacue*.»

También en otros pasajes se hallan las voces que se verán a continuación:

«Duo jacula aut tria, que auconas vocat, ex more manibus tulit ». «Sotularibus, quos lavarcas vocant». «Palliolis vero lancis, quos vocant saias, utuntur».

Se pretende que el manuscrito en que se encuentra el vocabulario en cuestión fué presentado en Roma en 1139 y que, probablemente, lo llevó a Compostela su propio autor Aymerico, sacerdote de Iscan (dependencia de la abadía de Vezelay).

Como quiera que sea, no cabe dudar que el tal documento procede del siglo XII.

La voz *urcia* que aparece en primer término con el significado de Dios, extraño a la palabra *Jaungoikoa* de constante uso en el país, ofrece a los sabios diversos comentarios.

El insigne arqueólogo R. P. Fita quiere ver en dicha palabra una alusión a *Thor*, como en *Ortzegun*, que equivale a *Thunder's-day* (día del Trueno), *Donners-tag* en alemán (jueves). El símbolo de *Thor* que presenta como hallado en los monumentos cántabros, lo encuentra asimismo en los sepulcros cristianos de las Catacumbas.

El príncipe Luis Luciano Bonaparte, que tanto se distinguió en el estudio de la lengua euskara, dice por su parte:

«*Urcia* (Dios) es simplemente *orzia* (trueno), sinónimo de *ostia*, *ihurzuria*, *turmoya*, etc. *Orzia* u *ortzia* pertenece al dialecto de la Baja Navarra y yo mismo he oído pronunciar esas palabras en Mendiondo, en San Martín de Arberone, Briscones y otros muchos pueblos. En cuanto a *Ortzegun* (jueves) significa «día del trueno», dato que pude observar en Octubre de 1878, en una nota titulada: «De los días de la semana en vascuence». (Nota publicada en el *Sabbath-memorial*, correspondiente al mes de Enero de 1879.)»

La segunda voz, *andrea Maria*, con que se designa a la Madre de Dios, la hallamos con el exceso de aditamento del artículo *a*, que debió desaparecer en el presente caso; quedando en su lugar *Andre Maria* o *Andra Maria*, que de las dos maneras se la denomina en el país vasco.

En *orgui* notamos que sobra la *r*, pues al pan llamamos los *vascos ogi*

Respecto de la voz *ardum* que aparece como equivalente del *vinum* latino, dice el citado príncipe Luis Luciano Bonaparte:

«*Arđum* (vino) se acerca mucho al dialecto *suletino* que pronuncia: *ardu*, dando a la *u* el sonido nasal del *um* en el idioma portugués, como en *um* (uno). Esta final *m* en *Arđum* no sirve al parecer más que para nasalizar la vocal que le precede, puesto que el verdadero dialecto vascongado, no tiene terminaciones en *m*.»

La voz general para expresar el vino es en euskera *ardo*, aunque en parte se altera la *o* en *u*, principalmente cuando va seguida del artículo *a*, resultando el *ardua* de uso tan corriente.

El empleo de *aragi* para carne, *arraign*, o mejor *arrain*, para pescado, y *eche* para casa, no ha sufrido alteración.

En *iaona* o *yaona* y *yauna*, encontramos el sonido simpático de la *y* en contraposición de *esaj* de sabor tan marcadamente árabe.

Llama la atención la final de *elicera*, y a este propósito dice el ya citado príncipe Bonaparte:

«*Elicera* es la Iglesia, más bien que el locativo a la Iglesia, y así existe aún en el dialecto *Salazarés*, donde los sustantivos terminados por *a* en la declinación indefinida, añaden *ra* a la definida. Por eso en aquel dialecto *Eliza* significa iglesia, en tanto que *la Iglesia* es *Elizara*.»

Otra voz rara es la de *belatera*, que aparece como correspondiente al *presbiterum* latino.

El P. Fita indica que *bellator* (abogado, defensor de un convento), puede ser muy bien el origen de *belatera*. *Apaiza*, *apeza* es el término más usual, pero también existe el *baldernapez* (sacerdote de una parroquia, párroco).

Oyhenart usaba en otro tiempo la palabra *Barataria* por notario, pero aquí es voz que como la de *baratero* suena de un modo poco recomendable.

Para el príncipe Bonaparte «*Belaterru* (sacerdote) parece no ser otra cosa que el *Beretarra* del Roncalés, puesto que significa lo mismo en aquel dialecto. *Beretarra* es derivación de *beret* o *barrete*, que es también el *barataria* de Oyhenart, y así se dice: «Hombre de birrete» por hombre que lleva birrete».

También la terminación de la voz *urik* llama la atención, pero el príncipe Bonaparte la explica en la forma siguiente:

«*Urik* (agua) no es genitivo, aunque puede considerarse como tal. *Urik* es *ur*, pero el indefinido supone el *ik* equivalente al de francés y al soma inglés. *Urik* significa, por lo tanto, alguna cantidad de agua.»

En todas épocas ha llamado nuestra lengua la atención de los sabios. Entiéndase bien, de los sabios extranjeros, porque los que en casa presuponen serlo no se dignan concederla más que un olímpico desdén.

El euskera atrajo hacia sí la escrutadora mirada de los sabios, no sólo en el siglo XII en que se recogió el vocabulario que acabamos de ver, sino a raíz de la expedición de Carlomagno, que tantos ecos inmortalizados por la Poesía y por la Historia dejó en Roncesvalles.

Con ellas y con las lápidas que legó la dominación romana, se tendrán los principales jalones para trazar la senda por donde seguir las huellas primitivas del euskera.

L. ALONSÓTEGUI
